



## Ordago al juego!

El día primero de este año de gracia— ¿no vendrá a ser más bien de desgracia para nosotros los españoles? — de 1919 lo pasamos en esta ciudad de Valencia del Cid. De Madrid acá, en un frigidísimo vagón de la Compañía M. Z. A., consumimos, amodorrados, los momentos durante los que unos cuantos provincianos de la villa y corte consumirían unas avas simbólicas en la Puerta del Sol — ¡otra Sublime Puerta! — frente al ministerio de la Desgobernación de este inestable Estado, y las consumirían alegres y confiados. Al romper el alba, un alba clara y riente, nos limpió la vista del insomnio y la modorra el oro de las naranjas que centelleaba al sol naciente entre la verdura del follaje. Y al amanecer en 1919 entre naranjos, junto a la sonrisa eterna del mar latino, quisimos augurar bien de este nuevo año, el de la victoria y la derrota.

Viniendo de tierra adentro, de la meseta estepearia, fuimos en la mañana de ese primero de año a restregarnos la vista y el seso con la contemplación del mar, por el que han pasado los siglos sin dejar una arruga sobre su frente azul, que le dijo lord Byron, uno de sus más ardientes enamorados. Y pensamos que ni rastro de trincheras de la gran guerra queda en el mar. Todos los horrores marítimos de ella los guarda piadosamente en sus tenebrosas entrañas, lejos de la mirada congojosa de las viudas y de los huérfanos. Ni se podrá señalar el lugar preciso en que se hundió el fatídico «Lusitania», ni cabe por lo tanto poner en él como anclada boya una gran cruz de remember.

Y por la tarde de ese mismo día primero de año restregamos nuestra vista y nuestro corazón en otro mar, en el mar de la muchedumbre humana. Las calles de esta Valencia del Cid estaban henchidas y tupidas de un rumoroso pero tranquilo mar humano. A las puertas de los teatros y los cines se agolpaba, arremolinándose, enorme masa de curiosos, gente del pueblo que buscaba alimento a su imaginación. Ante el cartel de un cine que anunciaba películas truculentas, la gente luchaba por entrar más que si fuera al asalto de una trinchera. Era el hambre y la sed de tragedia, pero de tragedia contemplada. Y pensábamos en la otra, en la íntima tragedia de la patria española — ¿ex patria?, ¿ex española? — que se va cumpliendo en sus tenebrosas entrañas, lejos de la mirada congojosa de sus huérfanos.

Al salir de Madrid en la última noche del año 1918, en la estación misma del Mediodía oímos de labios amigos esperanzas y desesperaciones; maldiciones y bendiciones; bochornosas historias secretas del pasado y alegres anuncios de un porvenir de arrepentimiento colectivo. Y pensamos que como dicen que Clemenceau le dijo a nuestro — ¿nuestro? — Romanones cuando este canciller mandatario

quiso disculpar a quien le mandaba a solicitar indulto y olvido del pasado — borrón y cuenta nueva, — el pasado no puede ni debe olvidarse, porque el presente y el porvenir tienen sus raíces en él, en el pasado. Y hay raíces indarraigables, añadimos nosotros.

Al salir de Madrid para esta ciudad de Valencia del Cid en la última noche del año 1918, el año de la sentencia, comentábamos los desesperados esfuerzos que hace un régimen caduco para agarrarse a la tabla que se hunde, y sobre todo para que no se haga luz, porque la luz es la muerte de todo despotismo que es arbitrariedad, pero es clandestinidad sobre todo.

Y en esa noche de 1918 a 1919, camino de esta clara y abrigada Valencia del Cid, en un frigidísimo vagón de la Compañía M. Z. A., cruzando la estepa manchega de que es un lugar inolvidable la Villa y Corte, pensábamos en el simbólico sentido de una apuesta habida entre el actual canciller del reino — acaso más bien archiducado — de España y un aristócrata — no decimos noble — palatino a cuenta de una discusión en torno a un artículo del «A B C», gaceta del trogloditismo embolado.

Lo ha contado la prensa. El antiguo conde de Romanones, representando el papel público — ¿el público, eh? — de canciller aliadófilo que se le encomendó — por si las cosas por un azar improbable no sabían cómo se esperaba... apostó contra un aristócrata, cazador y palatino, 2.000 pesetas — ¡nada más que 2.000! — a que vencían los aliados, y las 4.000 pesetas, con un papel firmado y bajo sobre lacrado, se encerraron en un cofrecillo, cuya llave guardó, a modo de notario, a la vez que árbitro, el jefe supremo del Estado español. Y dijo la prensa que el día 28, día de Inocentes, había de abrir el sobre su depositario y entregar al canciller de tanda y turno las 4.000 pesetas. ¡Ya de ha valido, pues, al conde la victoria de los aliados por lo menos 2.000 pesetas! Salvo la comisión, por supuesto.

La guerra, la gran guerra, ha sido aquí para muchos, de lo más alto a lo más bajo, lectores o no del «A B C», motivo de apuestas y de juego, como una carrera de caballos cualquiera. ¡Y esto mana ignominia y abyección! ¿Qué otra cosa se apostará ahora, señor conde de Romanones? Porque aun queda algo que apostar. Nuestra menguada y vergonzosa política interior — ¿nuestra? ¡No!, ¡sino de ellos! — esta política interior del régimen, política de transpartojos, tapujos y secretos, se presta también a convertirla en ruleta. En juego del mus más bien. «¡A lo grande!» «¡Ordago!»

Acaso el canciller de turno, el ambiguo conde tenga en mano tres reyes y un as; pero nosotros le decimos: «¡Ordago al juego!» Y que su ministro de Hacienda, nuestro paisano Calbetón, le explique lo que en vascuence quiere decir «ór dago!»

Por ahora le diremos que en el juego del mus — juego de envite, y creemos que no de los prohibidos — esto de ¡ordago al juego! equivale a lo que en el ajedrez se dice: «¡Jaque al rey!» ¡Ordago, pues, al juego!

Miguel de UNAMUNO.